

TURNO 214

Cuando Lucía llegó al Centro de Salud Mental cargaba una carpeta llena de informes, análisis y meses de miedo. En la pantalla digital del pasillo parpadeaba su número: **214**.

Ella era el 214.

El despacho iba por el **97**.

Se sentó en la silla de plástico. Olía a lejía y a espera. El hombre a su lado llevaba dos horas llorando sin ruido. Nadie lo miraba. La chica enfrente temblaba con el móvil en la mano, como si mandar un mensaje fuera un acto de valentía extrema.

Todos allí tenían un motivo. Todos tenían prisa.

Pero la salud mental no.

Cuando por fin entró, el psiquiatra hojeó los papeles sin levantar la vista.

—Tienes que entender que solo tengo diez minutos por paciente —dijo antes de que ella abriera la boca—. Hay lista de espera de seis meses para psicoterapia. Y un año para grupo.

Lucía quiso explicar que llevaba semanas sin dormir, que salir de casa le costaba más que respirar, que había días en que su cuerpo parecía una habitación cerrada.

Pero el médico ya estaba recetando.

—Esto te ayudará. Prueba un mes y vuelve.

Duró siete minutos.

Al salir, vio cómo el número avanzaba al **98**. Y luego al **99**. Una fila infinita de vidas en pausa.

En la calle, el aire parecía más frío que antes. Pensó en la frase que se repetía cada día como un mantra roto: *“Si tuviera un brazo roto, ya me habrían atendido.”*

Pero las heridas que no sangran, aquí, no urgían.

Esa noche pegó un papel en la puerta del centro.

Decía:

“No faltan ganas de pedir ayuda. Faltan manos que puedan darla.”

A la mañana siguiente, había siete papeles más.

Y por primera vez, Lucía no se sintió sola.